

María Martínez

tú, yo
y un tal vez

CROSS
BOOKS



María Martínez

tú, yo
y un tal vez

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: María Martínez, 2022
© de las ilustraciones de cubierta: Elena Pancorbo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2022
ISBN: 978-84-08-25387-7
Depósito legal: B. 9.316-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Jun

Las familias son complicadas, independientemente de su origen, y la mía no era una excepción. Complicada, absorbente y muy tradicional. Una familia típica coreana, dirían algunos. Una definición demasiado simple para la realidad tan compleja que se esconde en sus cimientos. Preceptos transmitidos por tradición, de generación en generación, enraizados en los huesos. Normas que, tras más de una década asentada en Londres, mi familia cumplía como si aún viviese en Seúl.

Es lo que ocurre cuando te mudas de una burbuja grande a una más pequeña, que nada cambia salvo el espacio; y eso era New Malden, un suburbio al suroeste de Londres que había acabado por convertirse en una pequeña Corea para los miles de inmigrantes y exiliados que habían llegado al país a lo largo de las últimas décadas.

En sus calles, hasta el tiempo transcurría de un modo distinto. Un mundo con un idioma propio y una forma de vida anclada en el pasado, en el que la devoción, el honor y el deber eran mucho más que un sentimiento.

La obediencia, un mandamiento.

Dirigir tu propia vida, una insolencia y una provocación.

Aun así, yo lo intentaba. Buscaba cada resquicio de libertad escondido en la sombra que proyectaba Hae In, mi hermano mayor. En él se centraban todas las miradas y esperanzas en casa. También la presión por unas expectativas que, a veces, resultaban demasiado duras y exigentes.

Era un pensamiento egoísta, pero me alegraba de no estar en su pellejo.

Mi familia no solía fijarse tanto en mí y había crecido con cierta independencia y un espíritu rebelde que me había ayudado a alcanzar cada meta que me había propuesto. Un espíritu que solía quebrarse cuando era mi madre la que trataba de aplastarlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendido.

Mi madre hizo un gesto para que me apartara de la puerta y entró en mi casa como si fuese la dueña de todo. De su brazo colgaban un par de portatrajes de una firma conocida. Mi hermano la seguía con cara de fastidio.

—Quiero asegurarme de que te vistes de forma adecuada y no llegas tarde —respondió mientras se dirigía a mi dormitorio.

Le dediqué a mi hermano una mirada inquisitiva y él se encogió de hombros, antes de lanzar su chaqueta a un sillón y desplomarse en el sofá con un suspiro.

—¿Por qué la has traído? —susurré molesto.

—Lo preguntas como si no la conocieras.

Me lo quedé mirando. Tenía razón, cuando a mi madre se le metía algo en la cabeza era imposible detenerla. Había sido así desde siempre, y no cedía un ápice. Imponía su voluntad sin importarle que ya no fuésemos unos niños. O cómo sus deseos afectaban a nuestras vidas. O sus sueños destrozaban los nuestros.

Me senté al lado de Hae In y hundí la cabeza entre las rodillas.

—Todo es una mierda —mascullé mientras me tiraba del pelo con frustración.

Él me dio una palmadita en la espalda.

—Venga, complácela. Ve a esa cita.

—No quiero hacer esto.

—Solo es una cena.

—Sabes que es mucho más que eso.

—Puede que salga bien.

Levanté la cabeza y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Tan bien como te salió a ti? —no pude evitar el tono sarcástico.

—Mi mujer y yo nos queremos —replicó con dureza.

Tragué saliva, sintiéndome mal por mi actitud, y sacudí la cabeza a modo de disculpa. Quería creerlo, de verdad que deseaba creerlo. Y, a veces, cuando los veía juntos, cogidos de la mano como cualquier otro matrimonio, parecía tan real que me avergonzaba de mi sentimiento de lástima. Sin embargo, sabía cómo había comenzado su relación. Fui testigo desde el principio, y nunca tuvieron elección.

A ver, nadie les puso una pistola en la sien. Ojalá hubiera sido así de sencillo. Pero cuando creces con la creencia de que la familia es lo más importante, que no existes como individuo sino como parte de un todo que define quién eres, romper con tus raíces por un deseo personal, como elegir a la mujer con la que quieres pasar el resto de tu vida, no es algo que te atrevas a plantearte.

Mi madre me llamó desde mi habitación.

—Hae Jun.

La encontré frente a mi armario, corriendo las perchas de un lado a otro. Sobre la cama había dos trajes: uno negro con rayas grises y otro azul oscuro. También dos camisas blancas.

No pensaba ponerme nada de eso.

Me apoyé con la espalda en la pared y los brazos cruza-

dos sobre el pecho. Observé a mi madre mientras se volvía loca revolviendo los cajones. Llevaba un vestido turquesa con una chaqueta del mismo color y su collar de perlas favorito. El pelo, recogido en un moño, adornado con un pasador, y zapatos de tacón. Siempre tan presumida.

Y continuaba siendo la mujer más guapa del mundo.

La oí refunfuñar y mi corazón se ablandó un poco. A pesar de todo, la quería con locura y que perdiera la sonrisa me mataba.

—¿Cuál te gusta más? —me preguntó. Frunció el ceño, pensativa—. Creo que deberías ponerte el traje azul, tiene un corte más clásico.

—Me gusta el negro —repliqué, solo por llevarle la contraria.

—El azul es más elegante.

—No sé para qué me preguntas —dije en un susurro.

Ella se volvió y me miró.

—Con las prisas, he olvidado comprar corbatas. Espero que alguna de las tuyas quede bien. ¿Dónde las guardas?, no las encuentro.

—No tengo.

—¿No tienes corbatas?

—No.

—¿Y qué pensabas ponerte esta noche? —Moví mis manos de abajo arriba, señalando mi atuendo: vaqueros negros y una camisa azul sobre una camiseta blanca. Arrugó los labios con una mueca—. ¿Por qué me haces sufrir de este modo?

—Mamá...

—¿No te das cuenta de lo importante que es este momento? Debes causarle una buena impresión. Hoy en día no es fácil encontrar un buen partido y yo me he esforzado mucho para que sea posible —dijo de forma atropellada, mientras sacaba del armario una camisa azul y la colocaba sobre el

traje negro—. Minah es muy bonita y ha estudiado en la Universidad de Seúl, al igual que sus padres y su hermano.

—Yo también.

Hizo un ruidito de desaprobación.

—¿Y para qué te ha servido? Tienes suerte de que su familia valore tanto a la nuestra, que tu ocupación no les suponga un gran problema.

—¿Qué tiene de malo mi trabajo? —protesté ofendido.

—¿A eso lo llamas trabajo? ¡Dibujas monigotes!

Sus palabras me atravesaron el corazón. Un escalofrío de indignación me recorrió la espalda.

—Desarrollo videojuegos, mamá.

—Lo que he dicho, monigotes.

—Soy dueño de mi propio estudio y hasta tengo empleados que dependen de mí —repliqué a la defensiva.

Me molestaba que menospreciara mis logros, cuando no tenía la menor idea de lo que hacía y lo mucho que me había costado abrirme camino en un mundo tan competitivo.

—¿Cuántos empleados?

—Muchos. Una docena.

—¿Y les pagas por hacer esas tonterías para niños?

Parpadeé sin dar crédito a su actitud tan cáustica.

—Pues sí, y bastante. Que sepas que gano mucho dinero dibujando esos monigotes, mucho más que Hae In en la empresa. ¿Eso no cuenta?

—¡Y también eres más idiota! —gritó mi hermano desde el salón.

Puse los ojos en blanco. Me estaba comportando como un niño enfurruñado, pero no podía evitarlo.

—El dinero es importante, Hae Jun, pero el prestigio lo es mucho más —repuso mi madre sin mucha paciencia—. Médico, abogado, juez, analista, director... esas son las profesiones que inspiran confianza y seguridad a una mujer.

—Dijiste que esa chica es abogada y trabaja, ¿para qué necesita un hombre que le dé seguridad?

Mi madre me fulminó con la mirada y yo me tensé.

Primer aviso.

—A ti desde luego que no te necesita, y deberías sentirte afortunado por tener esta oportunidad. Nunca encontrarás a nadie como ella. Su familia es importante, tienen muchas influencias y contactos, aquí y en Corea, que harán crecer el negocio de tu padre y su reputación, la tuya desde que te adoptó. Es ventajoso para todos.

—¿También para mí? Porque me siento como una moneda de cambio que...

Dejó escapar un sollozo y se llevó las manos al pecho. Estaba sacando la artillería pesada.

—Aunque no lo creas, me preocupo mucho por ti, y siempre me he esforzado por darte la mejor vida posible y un buen futuro.

—Lo sé.

—Y encontrarte una buena mujer y unos buenos suegros es ahora mi prioridad. Mi deber como madre. Un matrimonio no es solo la unión de dos personas, sino la de dos hogares. No es un capricho con el que frivolar.

Sus palabras sonaban tan anticuadas. Tan fuera de lugar. Citas arregladas por las familias, matrimonios concertados en pleno siglo XXI. Esos conceptos me parecían un despropósito, a pesar de haber crecido con ellos como una religión y ser testigo de cómo mi propio hermano pasaba por todo ello.

Yo no quería salir con nadie, y mucho menos comprometerme. Casarme, una bandera roja. Era demasiado joven para algo así. Además, ¿dónde quedaban la atracción y el amor?

—Pero ¿los que van a casarse no deberían sentir algo el uno por el otro?

—Consideración, respeto, lealtad... ¿Te parecen sentimientos triviales?

—No, son importantes, pero hablamos de compartir toda una vida. —Tragué saliva y noté que se me calentaban las orejas hasta arder—. Y de hacer bebés.

Los ojos de mi madre se abrieron como platos. Después se aclaró la garganta para disimular su propia incomodidad.

—A tu padre y a mí no nos ha ido tan mal. Yu Ri es la prueba.

Empezaba a arrepentirme de aquella conversación.

Hablar de sexo con mi madre, aunque fuese de forma tácita, no era algo que hubiese hecho antes. No era correcto y sí muy irrespetuoso. Sin embargo, para mí era un punto importante en una relación. ¿Cómo se afronta algo así en un matrimonio que no has elegido?

—Pero hacer bebés con una persona que no te quiere o a la que tú no... Quiero decir que... No sería algo así como... ¿No estaría mal...?

Levantó la mano para hacerme callar. Me apuntó con el dedo.

Segundo aviso.

—Estoy segura de que no tendréis ese problema, ambos sois muy guapos. Os adorareis el uno al otro.

—¿Y si...?

—Minah es perfecta para ti en todos los sentidos y deberías estar agradecido de que ambas familias apoyemos y queramos esta unión.

—Mamá... —gemí frustrado.

—No continuaremos esta conversación. Vístete. No debes llegar tarde —dijo en tono cortante.

Se encaminó hacia la puerta con paso rápido.

—Mamá... —insistí, alzando la voz.

Se volvió y clavó sus ojos cargados de dolor en mí.

Tercer aviso. Nunca había un cuarto.

Abrió la boca y sus palabras me golpearon. A propósito y sin dudar. Tan amorosas como duras. Porque así era ella. Capaz de enfrentarse a un dragón con las manos desnudas para protegernos. Capaz de devorarnos para protegerse a sí misma.

—Comprendo que te parezcas a él, incluso que tengas sus ideas —empezó a decir con un nudo de emoción en la garganta—. Es inevitable por más que lo deteste. Está en tu interior, forma parte de ti y aflora como el agua de un manantial, pero soy yo quien te ha llevado de la mano y te ha convertido en un hombre. Quien ha estado a tu lado. No olvides nunca mis sacrificios, Kim Hae Jun.

Ella sabía que me dolerían. También que usara mi nombre completo de ese modo. Aunque no imaginaba hasta qué punto, porque ese recordatorio me hacía sentir una gran culpa. Un sentimiento que crecía tanto como se alargaba mi silencio.

Aparté la mirada e incliné la cabeza en un gesto de respeto. No podía mirarla a los ojos sin sentirme el peor hijo del mundo. La vergüenza me calentó la cara y frenó mis palabras.

—Lo siento, no quería enojarte.

Mi madre acortó la distancia que nos separaba y alzó los brazos para enmarcar mi rostro con sus manos.

—¿Cómo voy a enfadarme contigo si pones esta cara? Nadie debería ser tan guapo.

La miré a los ojos y fruncí los labios con un puchero.

—No tengo la culpa de serlo, me parezco a ti. —Rompió a reír y me apretujó los mofletes—. ¡Ay, duele!

—Cuándo madurarás, ¿eh? —Suspiró y el amor que expresaba su mirada me traspasó el alma—. Sé que te cuesta aceptar esta situación, y que ha sido un poco precipitada, pero el momento propicio es este.

—Si ahora dices que nuestros grupos sanguíneos son compatibles...

—Y las fechas de nacimiento. —Maldije en silencio. Odiaba las supersticiones—. Confía en mí cuando te digo que Minah es perfecta para ti. Ambos provenís del mismo entorno social. Al final, con el paso de los años, lo que de verdad une a una pareja es compartir los mismos valores y metas. ¿Recuerdas lo que decía tu abuelo?

Asentí malhumorado.

—Los esposos están hechos de tierra y los amantes, de nieve. Los primeros florecen cuando llega la primavera y los segundos desaparecen bajo su calor.

—Así es. Y estoy segura de que Minah y tú os convertiréis en un hermoso jardín. —Sus palabras me hicieron tragar saliva y fruncir el ceño—. Vamos, alegra esa cara. Nadie está diciendo que debáis casaros mañana, solo salir y conoceros. El tiempo se encargará de lo demás.

Forcé una sonrisa y asentí.

—Está bien, lo haré.

—Eres un buen hijo, Hae Jun, y serías un buen juez, incluso un médico admirable. Aún podrías...

Gruñí al tiempo que la tomaba por los hombros y la sacaba de la habitación entre risas. Nunca se rendía, y dudaba de que lo hiciera algún día. No aceptaba que la imagen perfecta que había construido a mi alrededor nunca se haría realidad. Sabía que la había decepcionado en ese sentido, y lo sentía, pero mi instinto de libertad era mucho mayor.

Ninguno de los dos imaginábamos cuánto.